

Marisa, sonriente y feliz como de costumbre, acaba de despertarse.

Cada día suponía un regalo sorpresa, ya que siempre le sucedían cosas extraordinarias.

Esa mañana iría a cuidar al niño de una desconocida que le había llamado a las tres de la mañana.

Eran las nueve y había quedado en pasar por su casa a las doce, así que aún le quedaba mucho tiempo del que podía disfrutar.

Respiraba hondo como si se encontrara haciendo yoga, una de sus actividades favoritas.

Cerraba los ojos y escuchaba latir su corazón, sintiéndose tan viva y tan afortunada que tenía que morderse el labio inferior para reprimir un grito de felicidad.

Se imaginaba en un bello paisaje rodeada de verdor, tumbada sobre la hierba y viendo pasar nubes inmensas, como de algodón.

Extendía sus brazos notando como las fibras de sus músculos se estiraban hasta la punta de sus dedos.

Sentir su cuerpo así de intensamente cada mañana le parecía un placer exquisito.

Cuánto había gozado gracias a él, y lo que le quedaba.

Desde pequeñas, ella y su hermana habían ido a clases de baile.

Se podría decir que eran bailarinas, aunque como el ballet les parecía demasiado rígido, preferían la danza libre.

El pertenecer a una asociación por la libertad y la conciencia corporal, les permitía poder practicarla de vez en cuando.

Resultaba tan liberador...

La verdad es que le costaba comprender que tanta gente fuera capaz de soportar la rigidez física, y por lo tanto mental, de la vida cotidiana.

Aquella maravilla que le había sido donada por la naturaleza, su cuerpo, la única propiedad que poseía, le parecía un verdadero tesoro.

Y no tan sólo el suyo, sino también el de los demás.

La obesidad, por ejemplo, que tan mal vista estaba últimamente, no como en tiempos de Rubens, se trataba de un síntoma de sumisión, y eso siempre había estado bien considerado en la mujeres.

El problema radicaba en que las personas sumisas, debido al nivel de crueldad al que habíamos llegado, tenían que soportar toda clase de vejaciones.

Y tener que operarse, por ejemplo, le parecía una de ellas.

Lo cierto es que en Madrid no se vivía tan mal como en países aún más tradicionalmente capitalistas.

Pero suponía que lo peor estaba por llegar si no se hacía algo por resistir frente al enemigo, el imparable poder del dinero.

Cada año percibía como los pasos de los habitantes de la ciudad, esclavos del consumo, se aceleraban un poco más.

La raíz del mal psíquico se llamaba deseo insatisfecho, el cual generaba ansiedad.

Pero la sociedad, aún a sabiendas de que producía un gran malestar, lo potenciaba a través de los medios de comunicación de masas.

A ellos les interesaba, ya que se financiaban a través de la publicidad.

Pero la prueba de que no todo el mundo estaba corrompido era que miles de personas saldrían ese día a protestar contra las numerosas injusticias que estaban siendo cometidas en nombre de la democracia.

Ella misma, una verdadera indignada, gracias al valor que le infunde el compromiso, se siente feliz y sonríe como de costumbre.